

Capítulo 5

Exportación de gente: ruta de escape de la degradación neoliberal

Introducción

El objetivo de este capítulo es analizar la participación de la economía mexicana en la expansión del capitalismo neoliberal, en particular en el proceso de reestructuración productiva encaminado por Estados Unidos. Desde esa perspectiva, es posible entender el agotamiento del modelo exportador de fuerza de trabajo barata que caracteriza al patrón de acumulación en México durante el neoliberalismo.

En ese escenario, la migración laboral hacia Estados Unidos, más que seguir una pauta de continuidad propia de un patrón tradicional o cultural, o atender a los cambios en la política migratoria, está aparejada por las dinámicas estructurales del desarrollo desigual, la integración económica regional y el patrón de acumulación prevaleciente en ambos países. En esa inteligencia, el modelo neoliberal detona una migración laboral compulsiva que posee características diferentes a las etapas históricas anteriores, por lo que, bajo las pautas de la reestructuración neoliberal, emerge una modalidad de migración forzada que atiende al despojo que sufre gran parte de la población de sus medios de producción y de subsistencia, a la dinámica de *desacumulación* que privilegia la transferencia de valor y recursos humanos y naturales a Estados Unidos y a la proliferación de población considerada desechable para el proceso de valorización que tiene que buscar su sustento en las filas del empleo informal (que, dicho sea de paso, cumple un papel importante en el proceso de valorización, pero bajo formas de alta precarización y exclusión social), y las actividades ilícitas como el narcotráfico, que acrecientan el clima de violencia y la migración forzada. Esta última se explica también por la demanda de los países centrales por fuerza de trabajo procedente de

las periferias para abaratar los procesos productivos, propiciar competencia al interior de la clase trabajadora y afrontar la competencia intracapitalista.

La actual crisis que afronta el capitalismo mundial no es puramente financiera, sino estructural y sistémica, y no aqueja solamente a Estados Unidos sino prácticamente a todas las regiones y los países del planeta, por lo que países subdesarrollados como México no son espectadores o, en su defecto, víctimas de una crisis que viene de fuera, sino que son partícipes directos y recientes fuertemente sus estragos. La irrupción de esta crisis anuncia, para México, el agotamiento del modelo de desarrollo neoliberal fundado en la exportación de fuerza de trabajo barata, la transferencia de excedentes y recursos naturales y el desmantelamiento del mercado interno y su aparato productivo. Este patrón de acumulación ha llevado hasta sus límites la explotación extenuante de la fuerza de trabajo barata y la depredación de recursos naturales y el deterioro irreversible del medio ambiente.

La irrupción de la crisis capitalista plantea, por una parte, que la dinámica de acumulación mundial basada en la explotación del trabajo barato y la depredación del ambiente está llegando a sus límites y, por otra, el enorme peligro de que la respuesta estratégica del gran capital siga contemplando transferir los costos a la mayoría de la población, despojar a los países subdesarrollados de una buena parte de sus excedentes y recursos estratégicos, y de seguir sobreexplotando la fuerza de trabajo, directamente en sus lugares y países de origen, mediante estrategias corporativas como el *outsourcing* o mediante su importación como trabajadores inmigrantes precarizados. Frente a este desafío, se plantea la necesidad de generar respuestas estratégicas ante la crisis que tengan el firme objetivo de mejorar significativamente las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población, pero también de cambiar el modelo de acumulación nacional, porque el actual, neoliberal, ha llegado a unos límites intolerables.

Exportación de trabajadores como reinserción al centro del capitalismo mundial

Para analizar el mercado laboral mexicano en el horizonte nacional y transnacional, es necesario ir más allá de la perspectiva dominante centrada en el juego de oferta y demanda del mercado laboral nacional, cuyos indicadores son desempleo abierto, economía informal, empleo formal, y su política de referencia es el empleo digno (OIT) y la llamada nueva cultura laboral (STPS). Es imprescindible echar mano de un enfoque alternativo como la economía política del desarrollo, que es una visión multidisciplinaria en

atención a la catadura multidimensional de los procesos laborales al interior del bloque económico de América del Norte. Algunos de los supuestos de este enfoque son: 1) la acumulación capitalista no tiene el objetivo de generar empleos, sino de producir ganancias; 2) la globalización neoliberal no es un esquema de libre comercio, sino que desde los países desarrollados organiza bloques económicos regionales y diseña algunas estrategias para dinamizar al sistema, como la internacionalización y reestructuración productiva; en tanto que en los países subdesarrollados instrumenta políticas de ajuste estructural y garantiza la provisión de fuerza de trabajo barata y recursos naturales; 3) en el ámbito laboral, las condiciones de empleo dan cuenta de las condiciones de explotación y de vida, en contraste con el postulado neoclásico que supone que en el mercado laboral los individuos buscan siempre y en todo momento la maximización de sus beneficios en un escenario que les permite la libre movilidad entre empleos y proporciona a los actores la información necesaria para discernir sobre las oportunidades ocupacionales, y 4) el mercado no es un ente abstracto autorregulado, requiere del Estado para su funcionamiento.

La concepción que apuntala este nuevo enfoque teórico de la economía mexicana en su interacción con la globalización neoliberal, más precisamente en su integración asimétrica y subordinada a la economía de Estados Unidos, es el modelo exportador de fuerza de trabajo. Este modelo sitúa su eje analítico en el sector más dinámico del mercado laboral formal mexicano en el contexto de la integración económica regional, pero está asociado a una dinámica degradante que se traduce en desacumulación y achicamiento, y precarización del mercado laboral y ampliación del empleo informal. Un montaje neoliberal le sirve de fundamento (sobreevaluación del peso, corto monetario, política antiinflacionaria y contención salarial, sin déficit fiscal). El objetivo del modelo es contribuir con fuerza de trabajo barata, además de recursos naturales y excedente económico, a la reestructuración productiva de Estados Unidos.

Los principios que soportan su operación se enumeran a continuación:

1. Precarización y flexibilización laboral. La contención salarial, el deterioro de las condiciones de trabajo y el ataque sistemático a los sindicatos —sea a través del corporativismo y neocorporativismo, o su desmantelamiento a través de la subcontratación y otras estrategias corporativas— se ejecutan para preservar la disponibilidad de mano de obra barata y desorganizada.

2. Atracción de la inversión extranjera directa. Se promueve la privatización y la entrada desmedida de inversión extranjera, que las más de las veces no crea nuevas empresas, sino que promueve procesos de concentración y centralización de capital y desmantelamiento del aparato productivo nacional para reinsertarlo a la órbita de la reestructuración productiva en torno al marco operativo del comercio intrafirma. Lo anterior en detrimento de la canalización de la inversión pública y privada orientada a la promoción del desarrollo nacional.
3. Política macroeconómica neoliberal. En aras de mantener el equilibrio macroeconómico, se emplean instrumentos de política económica contraccionistas que debilitan el ritmo de crecimiento y la generación de empleos, y contribuyen a la baratura de la fuerza de trabajo y, consecuentemente, a deteriorar el nivel de vida y el mercado interno.
4. Abandono de la función estatal en la promoción del desarrollo nacional. El achicamiento del Estado y la disminución de sus funciones en la gestión del desarrollo obra a favor de la transferencia de recursos públicos al sector privado transnacional y, en menor medida, nacional.
5. Apertura comercial indiscriminada. Se vulnera el mercado interno en beneficio del mercado externo, en un entorno donde se mantiene la política de sobrevaluación del peso.

La estrategia propia del modelo la podemos designar como transnacionalismo del gran capital, y no está diseñada de manera autónoma por el gobierno mexicano o por el gran capital nacional, sino que corresponde claramente a la estrategia de internacionalización del capital estadounidense merced a un sistema de acumulación extraterritorial. Dicha estrategia responde al proceso de reestructuración productiva de Estados Unidos y a la expansión extraterritorial de su mercado financiero, la producción y el consumo. De manera concomitante se conforma un mercado laboral transnacional bajo un esquema de integración de cadenas globales de producción. El instrumento privilegiado de esa estrategia es la apertura económica indiscriminada derivada del TLCAN y de la sujeción a las disposiciones que en materia de comercio dicta la Organización Mundial del Comercio (OMC).

La conformación de bloques económicos regionales es uno de los rasgos estratégicos de la globalización neoliberal. El bloque de América del Norte está organizado alrededor de los intereses capitalistas de Estados Unidos a fin de alcanzar, entre otros, los siguientes propósitos: 1) afrontar la competencia capitalista internacional que le representan los otros bloques regionales;

2) resarcir su mercado interno, y 3) afianzar una zona de influencia abastecedora de ganancias, recursos naturales y fuerza de trabajo barata.

En la versión oficial, México adopta un modelo de crecimiento exportador merced al TLCAN. Empero, al analizar el contenido de lo que realmente exporta el país, se obtienen resultados interesantes, particularmente si se sigue la pista de los sectores clave: la maquila y la maquila encubierta. Debido al elevado componente importado de ambas actividades —entre 80 y 90 por ciento del valor de las exportaciones—, el saldo para México se reduce básicamente a la derrama salarial. Esto significa que México no está exportando realmente mercancías debido a que el insumo de origen nacional agregado en la producción se constriñe al valor de la fuerza de trabajo. En ese sentido, el sector manufacturero exportador más dinámico es el que en verdad exporta indirectamente fuerza de trabajo, es decir, aquel cuyos trabajadores no salen del país (Delgado Wise y Márquez, 2005). Más aún, si a la exportación indirecta de fuerza de trabajo se le suma la *exportación directa de fuerza de trabajo* vía migración laboral, entonces se devela el contenido real de las exportaciones mexicanas. En esa medida podemos caracterizar al supuesto modelo de crecimiento exportador como *modelo exportador de fuerza de trabajo barata* (Delgado Wise y Márquez, 2005; Delgado Wise y Cypher, 2005). Desde esta perspectiva, son tres los mecanismos más dinámicos de la integración económica de México a Estados Unidos, que aluden a la única ventaja comparativa mexicana, el trabajo barato: 1) la industria maquiladora, concebida como plantas de ensamble asociadas a procesos productivos internacionalizados, con muy escasa integración a la economía nacional; 2) la maquila encubierta, referida a plantas manufactureras con procesos productivos relativamente más complejos que la maquila, pero que operan bajo el mismo sistema de importación temporal, como el sector automotor y electrónico,²³ y 3) la migración laboral, denota el creciente éxodo de mexicanos al exterior. Es resultado de la estrechez y precarización del mercado laboral mexicano derivadas de la reestructuración neoliberal implantada desde la década de los ochenta.

Bajo el influjo de la integración regional, México ha sido sometido al desmantelamiento progresivo del aparato productivo heredado del periodo de sustitución de importaciones —que en cierto sentido recuerda formas de acumulación originaria y destrucción creativa—, y obligado a reorientar

²³La maquila y la maquila encubierta comparten dos características importantes: 1) carecen prácticamente de encadenamientos productivos, hacia delante y hacia atrás, con el resto del aparato productivo nacional, y 2) están sometidas a fuertes procesos de precarización laboral con salarios que oscilan, frente a los salarios manufactureros en Estados Unidos, en una relación de 1/10 en la maquila y 1/7 en la maquila encubierta.

la economía hacia una forma peculiar de exportación basada en el trabajo barato. La orientación exportadora de la economía mexicana y la modalidad particular de integración regional en la que se inscribe, signada por el TLCAN, son resultado de las prácticas estratégicas de agentes comandados por las grandes corporaciones transnacionales y el gobierno estadounidense, bajo el paraguas de algunos organismos internacionales. En el caso mexicano, además del gobierno, destaca la activa participación de un sector de la cúpula empresarial mexicana encabezada por el Consejo Coordinador Empresarial y que se agrupa en torno a la Comisión de Organismos Empresariales de Comercio Exterior.

Entre los fundamentos del modelo exportador de fuerza de trabajo barata, podemos advertir los siguientes. Primero, la estrategia de los países centrales para explotar fuerza de trabajo y recursos naturales directamente en los países periféricos, mediante el desplazamiento de etapas o procesos productivos completos, como el *outsourcing* o lo que en México se conoce como industria maquiladora de exportación. En contrapartida, desde la óptica de los países periféricos, se trata de la venta de fuerza de trabajo barata como mecanismos para atraer capitales externos. Esta modalidad la hemos denominado exportación indirecta de fuerza de trabajo, porque lo que en realidad está exportando el país es el valor de la fuerza de trabajo barata incorporada a los bienes exportados, al contrario del postulado según el cual México es una potencia exportadora de manufacturas o que dispone de un modelo de desarrollo basado en las exportaciones. En realidad, lo que se exporta es trabajo barato, bajo modalidades encubiertas, como la maquila, o modalidades explícitas, como la migración laboral. Y, segundo, la demanda de fuerza de trabajo inmigrante barata en términos relativos y que puede ser altamente calificada, calificada y poco calificada. Esta estrategia pretende incrementar las ganancias del capital, pero también abonar a la guerra contra el trabajo mediante la generación de una competencia entre la propia fuerza de trabajo, la incorporación de trabajadores desorganizados que no se van a sindicalizar, el desplazamiento de fuerza de trabajo mejor posicionada, el abaratamiento de la fuerza general, el abaratamiento de la producción de bienes-salario, que también redundan en un abaratamiento general de la fuerza de trabajo, además de que están confinados, en el mayor de los casos, a condiciones de exclusión social y segregación regional, por lo que son demandantes de menores recursos públicos y privados. En contrapartida, esta estrategia representa para el país subdesarrollado la exportación directa de fuerza de trabajo, que también puede entenderse como un proceso de expulsión o migración forzada.

La confluencia de estas dos estrategias, ya sea vista desde Estados Unidos o México, representa dos caras de la misma moneda, la subsunción transnacional del trabajo por el capital, bajo la modalidad de fuerza de trabajo barato con el objetivo último de incrementar la generación de plusvalía. Este esquema de explotación tiene la peculiaridad de que subsume al trabajo inmediato o directo y al trabajo general, conceptual o intelectual. Además de que los planos de la explotación abarcan a los países periféricos y a los centrales.

La exportación de fuerza de trabajo barata es un componente de este modelo extractivista de excedente y recursos naturales y humanos. Es una forma de derroche del llamado bono demográfico, es decir, de la abundancia de jóvenes en edad de trabajar, que debiendo significar una fuerza social invaluable para promover el crecimiento, la inclusión social y el desarrollo humano generalizado, se está empleando como un recurso barato, una mercancía humana, para satisfacer las exigencias del capital, que en la búsqueda de incrementar sus márgenes de ganancia, no tiene el mayor empacho en degradar las condiciones de vida de la mayoría de la población. Se trata del sacrificio deliberado de la presente generación, y aún de la precedente, y de la cancelación de las expectativas de las futuras generaciones, en aras de la maximización de ganancias de las grandes corporaciones. Este modelo no se ajusta a ningún criterio de sustentabilidad, ni mucho menos a un pretendido rostro humano del capitalismo, por el contrario, es un sistema injusto, inequitativo y antihumano.

La vulneración de la soberanía laboral

El concepto de soberanía nacional pretende ser descatalogado por la ideología neoliberal cuando de países periféricos se trata, como aval para abrir a sus anchas esas economías y permitir la entrada de la inversión extranjera en condiciones ventajosas. No ocurre lo mismo cuando se trata de países desarrollados, puesto que en ese caso priva el interés nacional y las políticas proteccionistas, muy distantes de lo que se pregona discursivamente. Esto último nos remite a la rediviva idea del imperialismo, en alusión a que hay imperio con imperialismo, y no sólo imperio, como han difundido autores como Hardt y Negri (2002).

El concepto de soberanía tiene importancia para pensar la problemática del desarrollo en su dimensión nacional —esto sin desconocer que cualquier economía está expuesta al mercado mundial—, como una facultad del Estado para diseñar un proyecto de nación, que resulte de la mediación entre las in-

terconexiones globales y regionales, y los intereses de los sectores sociales internos. En la globalización neoliberal, esta facultad aparece muy socavada en los países subdesarrollados, al punto que se asume como una situación ya dada de antemano, sin alternativa y sin necesidad de que se discuta.

El concepto de soberanía se puede hacer extensivo al ámbito laboral. En tal caso, la soberanía laboral se entiende como la capacidad de una economía nacional, gestionada por el Estado, para generar suficientes fuentes de empleo en condiciones dignas y remunerativas para beneficio de su población (Bartra, 2006). En términos de la migración laboral —cuyo detonador principal es la exclusión económica— significa la creación de bases socioeconómicas de arraigo. Esto también es un atributo de la gestión del desarrollo, porque constituye uno de sus pilares o principios. Así, pues, entre mayor incidencia de la gestión estatal del desarrollo, mayor será la soberanía laboral, y viceversa.

En México, esta capacidad se ha vulnerado notablemente a raíz de que a comienzos de los ochenta se abandona el modelo de industrialización por sustitución de importaciones para abrazar el proyecto neoliberal y la apertura económica indiscriminada, en beneficio de los intereses capitalistas del centro, señaladamente de las empresas transnacionales y de los sectores nacionales plegados a esos intereses. En ese tenor, el TLCAN puede ser interpretado como una estrategia proteccionista estadounidense que involucra el aperturismo mexicano y el consecuente desmantelamiento de su soberanía nacional y laboral.

La política neoliberal en México se ha distinguido por cancelar las posibilidades de crecimiento económico. Mientras que en el periodo previo al neoliberalismo (1941-1982), el producto interno bruto (PIB) creció a una tasa media anual de 6.3 por ciento, durante la vigencia de la política neoliberal lo ha hecho en 2.4 por ciento (1983-2005). El bajo crecimiento en México se acompaña de una incapacidad estructural para generar suficiente empleos formales de calidad. Con el arribo de la tecnocracia neoliberal al poder, apenas se han generado 8.3 millones de empleos formales, pero se ha acumulado un déficit ocupacional de 17.8 millones. Durante la vigencia del TLCAN, se han creado 3,625 empleos formales, pero se han sumado 13.5 millones de nuevos demandantes al mercado laboral, esto arroja un déficit de 9.8 millones de empleos. En esas circunstancias, el desempleo, el subempleo y la emigración acechan a la sociedad mexicana: se estima que el 69.2 por ciento de la PEA, al no existir seguro de desempleo, busca sustento en el llamado sector informal o directamente en la economía estadounidense. Esta evidencia nos permite señalar que la integración neoliberal de México a Estados Unidos ha hecho trizas la pretendida soberanía laboral.

Tabla 7
MÉXICO: CONDICIONES DE PRECARIZACIÓN
DE LA POBLACIÓN OCUPADA, 2000-2011

Año	Población ocupada					
	Por cuenta propia	En micronegocios sin local	Jornada laboral		Sin prestaciones	5 salarios o menos
			Menos de 35 horas	Más de 48 horas		
2000	23.5	19.8	26.3	23.1	61.5	75.8
2001	24.1	19.8	27.2	21.4	61.4	77.5
2002	24.3	20.2	23.1	21.3	63.1	76.5
2003	25.0	21.0	26.8	21.2	63.3	77.4
2005	23.7	21.8	25.8	29.4	40.8	75.0
2006	23.1	21.8	25.9	29.1	39.4	74.8
2007	22.6	22.1	29.0	27.7	63.3	73.3
2008	22.5	22.2	26.2	28.6	63.4	73.1
2009	23.0	22.4	31.1	26.9	63.9	72.7
2010	23.2	22.8	29.3	27.8	47.0	74.4
2011	22.6	22.3	28.7	27.5	64.3	74.0

Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI de la ENE y ENOE, varios años.

El modelo exportador de fuerza de trabajo, muestra inequívoca del desmantelamiento de la soberanía laboral, ha estado soportado por una política macroeconómica neoliberal que dogmáticamente persigue la estabilidad económica, entendida como el combate a la inflación y la reducción del déficit público, es decir, instrumentos macroeconómicos procíclicos que ante un entorno mundial recesivo constriñen las posibilidades de crecimiento económico (Calva, 2006). Y si además se considera que la política antiinflacionaria ha tenido como objetivo oculto la contención y disminución del valor de la fuerza de trabajo, como fundamento del modelo exportador de fuerza laboral, se podrá corroborar que lo que menos importa es generar mejores condiciones de trabajo y de vida para la mayoría de la población. El grueso

del empleo formal en México prevalece en condiciones de alta precariedad, lo cual da cuenta de cómo se han achicado las fuentes de empleo formal de calidad y del modo en que se ha recurrido al abaratamiento indiscriminado de la fuerza de trabajo para incidir favorablemente en la tasa de ganancia y en el sostenimiento de una supuesta ventaja comparativa estática para atraer inversión extranjera. De ello habla el porcentaje de trabajadores por cuenta propia, trabajadores ocupados en micronegocios sin local, jornadas laboral por debajo y por encima de los requerimientos normales, trabajadores sin prestaciones y asalariados que devengan 5 o menos salarios mínimos (véase tabla 7).

El peor síntoma del neoliberalismo, la inseguridad humana

El clima de inseguridad que se vive en el país no es, para nada, ajeno al modelo neoliberal, sino uno de sus productos. Es decir, al modelo le interesa, ante todo, la seguridad del capital, la seguridad del sistema de propiedad, la seguridad de las inversiones de las grandes corporaciones y la seguridad de que el modelo se preserve, pese a las muestras de inconformidad. No hay, por tanto, ningún reparo sobre las consecuencias sociales, políticas y ambientales que de ello se deriven. Bajo el modelo neoliberal se conculcan, deliberadamente, los derechos humanos de las mayorías y se vulnera las condiciones de seguridad del grueso de la población. Ante la disyuntiva siempre abierta de maximizar las ganancias o mejorar las condiciones de vida, se opta por las exigencias del capital, no por la defensa de la vida y la seguridad humanas. Las desigualdades sociales, la inseguridad humana, se asumen, simplemente, como costos colaterales, o como expresiones socio-culturales de la degradación del pueblo y de los pobres, que nacieron para perder. La inseguridad que se vive es múltiple, pues toca al menos tres campos: laboral, social y público.

Inseguridad laboral

Las políticas de precarización y flexibilización laborales han propiciado que los empleos formales adopten características de la informalidad y que se expanda el empleo informal, esto como una estrategia para abaratar permanentemente la fuerza de trabajo y mantener el control político de la clase trabajadora.

El neoliberalismo desencadena una guerra permanente en contra del trabajo y los trabajadores. Orientado por la búsqueda de mayores ganancias, se esgrime que los sindicatos son un lastre para las inversiones y para estimular la actividad emprendedora de la sociedad. Las prestaciones, contratos y remuneraciones representan un obstáculo, por eso se promueven programas de flexibilización y precarización laboral. Los contratos colectivos terminan por ser abrogados, los sindicatos independientes desmantelados y los liderazgos cooptados. Al régimen neoliberal le interesa, sin embargo, mantener el corporativismo sindical heredado del nacionalismo revolucionario. Sindicatos llamados “charros”, como el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), la Confederación de Trabajadores de México (CTM), el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM) y el Sindicato de Trabajadores Petroleros mantienen una presencia política en el Congreso y en las secretarías de Estado, como guardianes del programa neoliberal y como contenedores de la inconformidad y rebelión proletaria. También se gestan sindicatos blancos o sindicatos de protección, que están organizados por la propia empresa para controlar a sus trabajadores. En tanto, sindicatos independientes y antineoliberales son atacados, como el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) o los grupos disidentes del magisterio y los mineros.

Como estímulo a la inversión privada, sobre todo extranjera, emergen paraísos laborales: mano de obra barata, alta rotación de personal, un régimen de despido libre, bajas prestaciones, nula sindicalización. Es decir, un clima de inseguridad laboral. En conjunto, el neoliberalismo persigue extraer la mayor ganancia posible de la explotación laboral, lo que Marx llamaba la plusvalía relativa, que en términos sociales significa una explotación redoblada que agota prematuramente la fuerza laboral, expone a riesgos, peligros, accidentes y enfermedades a los trabajadores, otorga una remuneración que no es suficiente para sufragar la subsistencia familiar, por lo que se impulsa el trabajo de todos los miembros de la familia, en condiciones descendentes, para cubrir mínimamente la subsistencia. Este régimen es de superexplotación. La explotación, en grado superlativo, del trabajo inmediato alcanza no sólo al trabajo asalariado, sino también al trabajo llamado informal, al trabajo infantil, al trabajo femenino y al campesinado.

Pero no sólo al trabajo inmediato, sino también, de manera creciente, está alcanzando al trabajo conceptual, es decir, al trabajo científico-tecnológico, que en su mayoría se realiza en centros de investigación, por ejemplo, en las universidades públicas, pero que cada vez más es cooptado o controlado por el capital, mediante proyectos financiados que tienen el cometido de

generar innovaciones, que son apropiadas por el capital mediante el sistema de patentes. La innovación no tiene ya tanta vocación social, sino corporativa. Ése es un salto cualitativo de la gestión empresarial. En este punto no priva una inseguridad tan lacerante como en el mundo laboral formal e informal del trabajo inmediato, sino que la inseguridad relativa se refiere a que el investigador, el científico o el tecnólogo tienen que jugar al ritmo de las instancias financieras, no tanto al de los intereses de la nación o los intereses específicos de la mayoría de las clases sociales, con lo cual se reproduce el círculo de inseguridad social y laboral. El trabajo conceptual no está cumpliendo una función social relevante, sino una función mercantil.

Inseguridad social

El desmantelamiento del Estado benefactor o su modalidad aproximada ha generado un deterioro de los servicios públicos como la salud y la educación, y ha deteriorado las políticas de protección y desarrollo social que eran garantes de la subsistencia social. En lugar de ello se promueve abiertamente la mercantilización de servicios y bienes otrora públicos.

Derivada de la inseguridad laboral y del desmantelamiento progresivo del Estado social, la cobertura de servicios públicos se va achicando y mercantilizándose. Es el caso de los servicios en materia de educación, salud, alimentación, vivienda, cultura y deporte. El neoliberalismo tiende a mercantilizar los servicios básicos, y esto se justifica bajo la idea de que el sector privado es eficiente y que ofrece servicios más baratos. Lo cual es una falacia. Bajo el ideario neoliberal es necesario privatizar los servicios municipales, como el agua potable, la recolección de basura, la seguridad privada, o la infraestructura. También se pretende privatizar los bienes de la nación, como el petróleo, gas, electricidad, carreteras, educación, hospitales, medicinas, sistema de pensiones, medios de comunicación y cárceles. Todo bien o servicio público es susceptible de privatizarse. La compulsión de la inversión privada es la maximización de ganancias, no el servicio público universal. Los servicios que prestan se canalizan a consumidores con poder de compra. El resultado inmediato es que la gran mayoría de la población está siendo excluida de los servicios públicos. Lo cual redundará en desigualdades, pobreza y marginación.

Inseguridad pública

El incremento de las actividades de las organizaciones criminales ha generado un clima social de inseguridad y temor. El número de robos, asesinatos,

secuestros y extorsiones se ha incrementado. En parte porque el Estado ha mostrado incapacidad para contener este tipo de violencia social y en parte porque la degradación social que significa la neoliberalización es un verdadero caldo de cultivo para estas prácticas delictivas. Sin embargo, la respuesta armada del Estado no será suficiente para contenerla, sino que es necesario operar cambios estructurales, políticos e institucionales inscritos en un modelo de desarrollo alternativo.

Una de las industrias exportadoras más prósperas del neoliberalismo mexicano ha sido la del narcotráfico. Durante la vigencia de este modelo se han afianzado los cárteles de la droga, tales como los de Sinaloa, el Golfo, Juárez, Tijuana, los Zetas y la Familia. Su radio de acción se extiende en todo el país, pero está más acendrado en municipios, según lo reconocen estudios oficiales. De acuerdo con estimaciones de Estados Unidos, las ganancias del narcotráfico en México ascienden a 25 mil millones de dólares e involucran, de manera directa, a unas 150 mil personas. Sin embargo, estas cifras, según los expertos, pueden estar muy subestimadas. Amén de que no se considera el enorme flujo de recursos que se lava en el sistema financiero internacional.²⁴ Estas organizaciones canalizan estupefacientes hacia Estados Unidos, procedentes de países como Colombia, pero también de diversos estados del país. Más aún, el consumo también sea internamente.

El narco ha generado toda una subcultura en el ámbito musical, literario y religioso. La sonoridad estruendosa de la banda sinaloense y la música norteña rinden culto a los avatares del narcotráfico mediante los llamados narcocorridos, que son escuchados por personas de todas las edades y condiciones sociales como parte de la musicalidad del entorno, sobre todo en las comarcas asediadas por el flagelo del narco. La literatura ha generado una cauda de novelas y relatos sobre la violencia asociada al narcotráfico, como los textos de Élmer Mendoza, Leónides Alfaro, Juan José Rodríguez y Javier Valdez. La religiosidad popular también ha desarrollado una devoción por un santo pagano: Jesús Malverde. Asimismo, sin reparar en los riesgos de una vida efímera con final trágico, el sentido de desesperanza de la población excluida es colmado con la promesa del dinero fácil, las aventuras violentas y los desenfrenos sexuales del narcotráfico. Los adolescentes y jóvenes que incursionan en las filas del crimen organizado constituyen la

²⁴Según el Informe Mundial de Drogas de la ONU 2009, el narcotráfico conforma el negocio ilegal más rentable del orbe. En 2009 se habrían producido ganancias por 64,339 millones de dólares a nivel mundial. Estados Unidos es el principal consumidor: alrededor de 8,572 millones de dólares anuales en cocaína (ONU, 2009). Asimismo, se anuncia que el grueso de las ganancias generadas por el narcotráfico se queda “en los países ricos de destino” como Estados Unidos, Canadá y países europeos (2010).

carne de cañón de una profesión efímera. Peor aún, entre los escolares de poblados norteños la aspiración ya no es ser migrante, sino sicario. Ningún sector del poder parece quedar inerte al influjo del narco, cuando se ha testimoniado que la clase política está compenetrada, por complicidad, impunidad o financiamiento, en algo que se ha llamado *narcopolítica*, y hasta el sector clerical reconoce que las narcolimosnas financian construcciones de iglesias.

La proliferación del crimen organizado obedece, en parte, al vacío de poder generado por el Estado neoliberal, un llamado “Estado fallido”, que se manifiesta incapaz de garantizar la gobernabilidad, y que abre un espacio amplio a sectores criminales que imponen sus propias normas, su violencia y dominio territorial, sobrepasando a la autoridad legalmente constituida. Pero también estas actividades ilícitas proliferan debido a que el Estado incubaba corrupción e impunidad, como caldo de cultivo para la proliferación del crimen organizado, que conforma una fuente de fabulosas ganancias. A su vez, una capa gruesa de la población que ha resultado previamente excluida del modelo y arrojada a la calle como personas desechables constituye la carne de cañón del crimen organizado. Muchos de éstos son jóvenes catalogados como ninis, puesto que, dadas las condiciones de exclusión social, “ni estudian ni trabajan”. Sin embargo, se ha incurrido en un abuso explicativo sobre la condición de exclusión, cuando se dice que los jóvenes excluidos alimentan la expansión del crimen organizado. Esto representa una peligrosa criminalización de la juventud.

La estrategia de militarización del país, siguiendo los cartabones colombianos, impuestos por Estados Unidos, bajo diversos instrumentos como la Iniciativa Mérida, tiene el cometido de garantizar, en el plano interno, así sea por medios violentos, la gobernabilidad del país, ante la pérdida de legitimidad del gobierno neoliberal, y como medida de contención para una irrupción pacífica o violenta de sectores inconformes con el modelo, y en el plano externo, el propósito de preservar un perímetro de seguridad para Estados Unidos, que no deja de considerar a México su “patio trasero”. Por añadidura, abre un frente de “combate al narcotráfico” que ha generado una espiral de violencia armada inusitada, cuyo registro de muertes, heridos, damnificados, viudas y huérfanos es de pronóstico reservado, aunque se difunde que en el lapso de cinco años van más de 50 mil muertos.

En el año axial de 2010, cuando se rememora, como en la mayor parte de América Latina, el bicentenario de la Independencia, y de manera particular el centenario de la Revolución mexicana, existía una cierta expectativa de cambio, que pudo haber sido dirigida por una alternancia electoral, en

2006, pero que encontró su desahogo en una llamada “guerra contra el narcotráfico”. Estos episodios pueden ser considerados como una especie de guerra civil, que generan una escalada de muerte, pero no resuelven ni el problema del narcotráfico ni las desigualdades sociales ni la pérdida de legitimidad del neoliberalismo. Simplemente generan un clima de tensión social, una esquizofrenia colectiva. Adicionalmente, se está incrementando la delincuencia común (asaltos, asesinatos, extorsiones, secuestros, trata de personas) que puede o no estar asociada a las grandes bandas del crimen organizado, pero que también está orquestada por pequeñas organizaciones de delinquentes. La violencia del neoliberalismo es atroz, y está asociada con la muerte, el odio y el miedo.

En conjunto, la inseguridad laboral, social y pública son un síntoma de la violación sistemática de los derechos humanos, del sistema de exclusión social correlativo al capitalismo neoliberal. Pero también constituyen una expresión de una crisis de las relaciones sociales, que fractura las relaciones de cooperación y solidaridad, y genera un estado de esquizofrenia colectiva, de individualismo galopante y de pérdida de identidad colectiva. En tal sentido, México se precipita hacia el despeñadero.

Una de las industrias más prósperas de la economía mexicana se ha desarrollado también dentro de la vertiente de la exportación hacia Estados Unidos, pero por la vía subterráneamente, en los márgenes de la ilegalidad. La producción y exportación de droga como la mariguana, cocaína y otro tipo de estupefacientes ha generado grandes fortunas, como la de Joaquín Guzmán, alias “El Chapo”, jefe del llamado cártel de Sinaloa, y reconocido por la revista *Forbes* como uno de los empresarios más ricos del mundo y de México, junto a personajes como Carlos Slim, propietario de Teléfonos de México; Emilio Azcárraga, de Televisa y Ricardo Salinas Pliego, de Televisión Azteca. Las organizaciones de narcotraficantes, entre las cuales se encuentran la de Sinaloa, el Golfo y los Zetas, han desplegado una guerra por el control de las regiones del país que ha significado un derrame de sangre, muertes y una vida cotidiana alterada por balaceras, secuestros, extorsiones y otro tipo de amenazas que ponen en peligro la vida del común de los ciudadanos, ya no sólo de entidades tradicionalmente azotadas por ese flagelo como Sinaloa o Baja California, sino que se ha expandido por todo el país y se ha asentado en entidades como Tamaulipas, Chihuahua, Michoacán, Nuevo León y Durango, además de que se disemina por estados otrora ajenos a esa problemática, como Aguascalientes, Guanajuato, Zacatecas y Jalisco. En esas refriegas se ha involucrado la policía y el Ejército

mexicano, al grado de que varias ciudades del país se han militarizado, sin que la ola de violencia y muertes se haya contenido.

La migración mexicana bajo la integración económica excluyente

A partir de la década de los setenta del siglo pasado, Estados Unidos, junto con las potencias capitalistas del orbe, pone en marcha un conspicuo proceso de reestructuración productiva de alcance mundial en franca respuesta a la crisis derivada de la culminación de la llamada “época de oro del capitalismo” y con el propósito de restituir la tasa de ganancia y afrontar la competencia intracapitalista. Entre sus características principales se puede enumerar la difusión de las tecnologías de la información y el conocimiento, la terciarización de la economía, la internacionalización de la producción y las finanzas y, en general, el abaratamiento y precarización de la fuerza de trabajo. Estas y otras estrategias configuran la etapa actual del desarrollo del capitalismo conocida como globalización neoliberal.

Dada su condición de país subdesarrollado, México es compelido a integrar plenamente su economía al proceso de reestructuración estadounidense, aunque discursivamente los negociadores adujeron que ese plegamiento estratégico obedecía a una deliberada política de crecimiento orientada a la exportación, plasmada en el TLCAN, cuya implementación no procedió luego de una consulta popular, sino de una decisión de las élites. En el fondo, la integración regional contraviene la idea neoclásica de convergencia económica, pues en realidad se han profundizado las relaciones desiguales que expanden las asimetrías económicas y las desigualdades sociales, al tiempo que acentúan las relaciones de dominación y dependencia entre ambos países.

Bajo el influjo de la integración regional de América del Norte, México se ha consolidado como el principal exportador mundial de fuerza de trabajo, principalmente a Estados Unidos, y en uno de los principales receptores de remesas. Los organismos internacionales proponen que las remesas se utilicen como nuevas palancas del desarrollo, sin que se modifique el modelo neoliberal; no obstante, las remesas son, por definición, un componente salarial destinado primordialmente a la subsistencia de los dependientes económicos radicados en los lugares de origen, y en menor medida se canalizan estos recursos a financiar proyectos productivos y suplementar programas de obra municipal. En los hechos, en lugar de detonar el desarrollo,

la migración está asociada a procesos de degradación social y a una crónica dependencia de las remesas.

En el marco de la integración de América del Norte, acontece una decantación en el flujo exportador mexicano: las mercancías manufacturadas con alto componente nacional, que suponen el encadenamiento de diversos sectores productivos, ceden su lugar a la fuerza de trabajo barata —mayormente poco calificada, precarizada y flexibilizada— en el polo más dinámico del proceso exportador (Delgado Wise y Márquez, 2006). En ese sutil desplazamiento radica uno de los grandes ejes de la integración económica de nuestro país con el vecino del norte y la explicación más profunda del nuevo dinamismo que ha cobrado el éxodo laboral galopante en el actual periodo de entresiglos, como brevemente pretendemos exponer a continuación.

Desde territorio mexicano, la venta de fuerza de trabajo barata, o exportación indirecta, ligada íntimamente al proceso de reestructuración productiva, privilegia dos mecanismos que trastocan la orientación del aparato productivo mexicano: la maquiladora y una porción importante del sector manufacturero que opera bajo procesos semejantes a la maquila, por lo que bien puede ser designado como maquila encubierta (Delgado Wise y Márquez, 2005; Delgado Wise y Cypher, 2005). Debido al elevado componente importado registrado en ambas actividades productivas —esto es, entre 80 y 90 por ciento del valor de las exportaciones—, el saldo neto para México se constriñe a una raquítica derrama salarial en un entorno acusado de flexibilización y precariedad laboral.

Esta caracterización se cierra al considerar la participación de los inmigrantes laborales mexicanos en los sectores productivos de Estados Unidos, por tanto se trata del mecanismo de exportación directa de fuerza de trabajo, cuyo saldo se reduce a la fracción salarial que los migrantes reportan a sus dependientes económicos en sus lugares de origen bajo la figura de remesa, además de otros recursos de menor magnitud mediatizados por programas gubernamentales para la realización de obra pública, proyectos sociales y productivos (Márquez, 2006a, 2006b).

Las dos formas de la exportación indirecta, maquila y maquila encubierta, y la exportación directa, migración laboral, dan forma y contenido a lo que se ha conceptualizado como modelo exportador de fuerza de trabajo barata (Delgado Wise y Márquez, 2005; Delgado Wise y Cypher, 2005). Este modelo constituye una explicación de cómo la economía mexicana se desmantela y reorienta en función de la estrategia de reestructuración del capital estadounidense y su demanda de trabajo barato. En una visión de conjunto se puede advertir

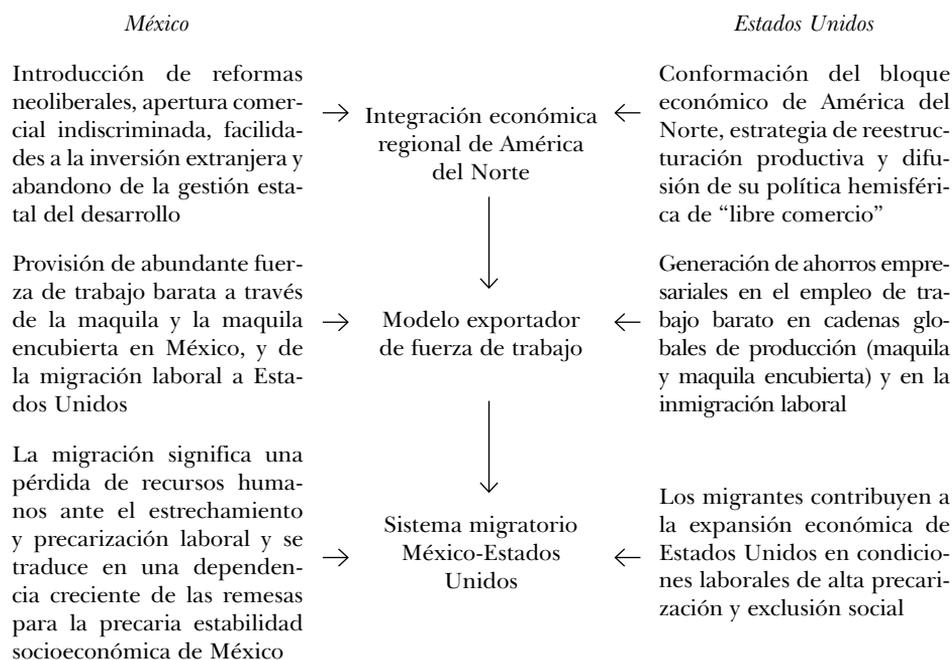
que bajo este esquema no se generan encadenamientos productivos, pero sí un proceso de desacumulación debido a, entre otros factores, la incontenible transferencia de excedentes al exterior. Más aún, las políticas macroeconómicas de corte neoliberal que sustentan este modelo propician el desmantelamiento del aparato productivo orientado al mercado interno nacional y generan bajo ritmo de crecimiento, déficit de empleo formal y la expansión del flujo migratorio de mexicanos a Estados Unidos. En el diagrama 1 se puede observar la articulación entre integración regional, exportación de fuerza de trabajo barata y consolidación de la migración laboral según las repercusiones que tiene para Estados Unidos y México.

La relación asimétrica entre México y Estados Unidos produce una espiral regresiva que descarta una tentativa convergencia económica o una posible relación de cooperación para el desarrollo, como, guardadas las proporciones, acontece en distintos grados en otras latitudes y en otras experiencias de integración, como la Unión Europea. Por el momento, y para nuestro caso, conviene detectar tres elementos por demás reveladores:

1. *La integración regional teje relaciones de intercambio desigual.* Contraviniendo la imagen idílica de socios comerciales, Estados Unidos se abastece de fuerza de trabajo, recursos naturales y excedente económico, para contribuir al proceso de reestructuración económica y, en última instancia, a su proceso de desarrollo. En tanto que México registra un resquebrajamiento de su aparato productivo, la vulneración del mercado interno, el exacerbamiento de la exclusión económica y la insustentabilidad social, que se traduce en la sangría inexorable de recursos humanos, vía migración laboral.
2. *La reestructuración productiva estadounidense convierte a México en reservorio laboral.* La geoestrategia de “libre mercado” impulsada por la principal potencia capitalista cancela las posibilidades de desarrollo nacional en México que se ve orillado a reorientar su economía bajo el artillugio del abaratamiento de costos productivos, y laborales en particular, para beneficio de la economía estadounidense, en especial de sus grandes corporaciones. Este esquema concede a México el papel de reserva y provisión de fuerza de trabajo barata, apuntalado por una política permanente de abaratamiento y precarización laboral.

Diagrama 1

MARCO CONTEXTUAL DE LA DINÁMICA MIGRATORIA
MÉXICO-ESTADOS UNIDOS BAJO LA INTEGRACIÓN REGIONAL



3. *México se consolida como una potencia exportadora de migrantes.* El grado de especialización está expresado en la unidireccionalidad del flujo migratorio hacia Estados Unidos, al punto en que posee la diáspora más grande del mundo establecida en un solo país, el primer lugar en migración internacional con predominio de la migración indocumentada y el primer sitio en la recepción de remesas.

Con la implantación de las políticas neoliberales y más aún con la aplicación del TLCAN, México experimenta un ascenso vertiginoso del flujo migratorio hacia Estados Unidos, al punto de convertirse en el principal emisor de migrantes del mundo, por arriba de China, India y Filipinas. Esto explica el incesante despoblamiento agudizado desde los noventa y recrudecido en el último quinquenio: entre 2000 y 2005, 834 municipios, la tercera parte en el país, registraron ese problema.

La reestructuración productiva ha propiciado la reasignación o redistribución espacial y sectorial de la fuerza de trabajo en el plano binacional. No obstante, el hilo conductor de ese proceso ha sido la precarización transnacional del trabajador, algunos de sus indicadores se reflejan en el ensanchamiento de la brecha salarial, la prolongación de las jornadas laborales, el desmantelamiento de los sindicatos, la inseguridad en el empleo y el acceso restringido a prestaciones sociales. El mercado laboral transnacional redundante en una afectación general a la clase trabajadora de México y Estados Unidos, aunque los trabajadores mexicanos se sitúan en la franja más precarizada y flexibilizada, dando lugar a la emergencia y propagación de formas extremas de precarización caracterizadas como trabajo desechable (Levine, 2001), entre las que figuran la subcontratación o *outsourcing* y el *day labor*.

De manera concomitante al proceso de reestructuración productiva que experimenta la economía estadounidense desde la década de los setenta, el mercado laboral en Estados Unidos está inmerso en un proceso de reestructuración y precarización. En ese marco, la inserción laboral de los inmigrantes mexicanos se canaliza, por una parte, hacia un sector laboral que ya venía operando con antelación a la reestructuración productiva, cuyas características son la alta precarización y la exclusión social; es el caso de la agricultura, el servicio doméstico y limpieza. Por otra parte, se canalizan a otro sector ocupacional igualmente precarizado vinculado a la reestructuración productiva en diferentes ramas que alimentan a los sectores de punta, la producción de bienes-salario y las industrias maduras que están en proceso de rescate.

El grueso de los empleos está ubicado en un rango de poca calificación, bajos salarios, prestaciones limitadas o nulas. Las relaciones laborales se caracterizan, además, por la inestabilidad, unilateralidad, informalidad y riesgos. Los abusos extralegales de los empleadores son el pan de cada día (por ejemplo, salarios debajo del mínimo legal, despidos injustificados, escamoteo en el pago de horas extras). En la distribución ocupacional de los inmigrantes, resalta la presencia creciente en la construcción, manufactura, servicios y comercio, sobre todo en segmentos degradados, también concebidos como el traspatio de la industria en reestructuración: *sweatshops*, subcontratación, trabajo domiciliario y *day labor*.

El mercado laboral para los inmigrantes mexicanos se ha diversificado considerablemente en los últimos años con preeminencia en las actividades industriales y los servicios. En determinados sectores manufactureros, la fuerza de trabajo mexicana ha venido a cumplir un papel crucial a través del reemplazo de trabajadores nativos. Por ramas de actividad, de acuerdo con

los datos del *Current Population Survey*, para 2005 la mayoría de la población de origen mexicano en Estados Unidos se ocupa en actividades de la construcción y extracción (20.2 por ciento), el puesto de trabajo más socorrido es el de yeseros y albañiles de estuco (14.4 por ciento), limpieza y mantenimiento (13.9 por ciento) y preparación y servicio de alimentos (11.7 por ciento). La inmensa mayoría de los mexicanos (96.0 por ciento) trabaja en puestos que no demandan un alto perfil educativo sino simplemente un entrenamiento, experiencia laboral o una certificación. En contraste, apenas 4.0 por ciento laboran en puestos que requieren de licenciatura en adelante, de los cuales 0.4 por ciento poseen posgrado.

Debido al reemplazo de la fuerza laboral mejor pagada, experimentada y sindicalizada (generalmente la nativa), la fuerza de trabajo mexicana cumple el propósito de disminuir los costos de operación para aumentar la competitividad global. Esto porque la fuerza de trabajo mexicana percibe los salarios más bajos comparada con la población nativa y el resto de inmigrantes. Por otra parte, el diferencial salarial manufacturero es ilustrativo de las asimetrías entre México y Estados Unidos: en México el salario por hora en la industria manufacturera es de 2.57 dólares y en Estados Unidos es de 16.45 dólares, para el caso de los empleos formales. Pero si tomamos en consideración que un número significativo de los inmigrantes mexicanos se ubica en la franja de trabajadores indocumentados, los salarios muestran una caída hasta los 5 dólares por hora. Y aunque ese salario duplica al promedio en México, no podemos dejar de reconocer que en el ámbito laboral estadounidense esa merma constituye una forma de precarización extrema.

El Departamento del Trabajo de Estados Unidos reconoce la necesidad de la fuerza de trabajo migrante mexicana, y latinoamericana en general, para alimentar los sectores productivos intensivos en mano de obra, unos 500 mil trabajadores inmigrantes por año. Más aún, pronostica que para la próxima década Estados Unidos generará casi 19 millones de nuevos empleos, de los cuales la fuerza laboral latina cubrirá alrededor de 30 por ciento, particularmente en la construcción y la agricultura.

En este contexto, es menester reconocer que el trabajo sigue siendo el principal eje articulador del sistema migratorio México-Estados Unidos, atendiendo a una lógica de transnacionalización de los mercados laborales. Esto implica la creación de un espacio laboral transnacional y una transnacionalización de las trayectorias laborales de los migrantes que: 1) rompe con el patrón migratorio circular tradicional, y 2) da paso a un proceso de asentamiento en los lugares de destino. Asimismo surge la figura del transmigrante laboral: aquel que combina a lo largo de su vida eventos laborales intercalados

que se realizan tanto en Estados Unidos como en México, sin obedecer a patrones estacionales recurrentes ni a duraciones predeterminadas.

Con todo, el éxodo laboral galopante propicia que el país esté perdiendo uno de sus recursos más valiosos para el proceso de acumulación, la fuerza de trabajo. La exportación directa de fuerza de trabajo, la migración laboral, implica para México una creciente sangría de recursos humanos que trae consigo el abandono de actividades productivas, la dilapidación de los costos de formación y reproducción de esa fuerza laboral y, en cierto sentido, el desplazamiento de mano de obra calificada en términos relativos, lo cual también se puede apreciar como un sensible debilitamiento de la soberanía laboral. Más aún, el desbordamiento de la migración laboral repercute en una pérdida de riqueza potencial. Según estimaciones de Ruiz Durán (2004), los trabajadores migrantes mexicanos contribuyen con el 8.1 por ciento del PIB estadounidense, y en la misma medida dejan de contribuir 27.4 por ciento en la formación del PIB mexicano. Esto expresa una pérdida importante para el proceso de acumulación en México.

Conclusión

La integración económica de México a Estados Unidos no promueve la convergencia económica y sí ensancha las asimetrías socioeconómicas y profundiza el subdesarrollo mexicano. En esa lógica, la exportación de fuerza de trabajo es una pieza clave de la integración regional de América del Norte en correspondencia con la reestructuración productiva estadounidense y en detrimento del desarrollo en México. Entre México y Estados Unidos se ha consolidado un mercado laboral transnacional asimétrico e inequitativo que operativamente funciona a través del modelo exportador de fuerza de trabajo. La estrategia de abaratamiento y precarización de la fuerza de trabajo es el eje motor del modelo. Empero, no es suficiente señalar que el modelo exportador de fuerza de trabajo es el sector más dinámico del mercado laboral mexicano, sino que hay que puntualizar que estructuralmente está asociado a una dinámica degradante que repercute en la generación de procesos de desacumulación, transferencia neta de ganancias a la economía estadounidense, traspaso al exterior de fuerza de trabajo cuyos costos de producción recaen en la economía nacional, desmantelamiento de buena parte del aparato productivo en México y achicamiento y precarización del empleo formal de calidad.

Ante la descomposición de la economía mexicana que ese esquema propicia, la exportación directa de fuerza de trabajo —es decir, la migración laboral— des-

plaza a la maquila y la maquila encubierta como elemento central de la dinámica económica. La preeminencia de la migración crea la ficción de que las remesas son fuente para detonar el desarrollo, pero los principios que orientan su proposición resultan francamente insustentables. Por lo anterior dicho, podemos extraer las siguientes conclusiones generales: 1) la integración económica de México a Estados Unidos ensancha las asimetrías, profundiza el subdesarrollo de México y promueve la exportación de migrantes; 2) la descomposición de la economía mexicana genera la pérdida de soberanía laboral, y 3) el exacerbamiento de la migración laboral y su consecuente flujo de remesas no son un instrumento del desarrollo, sino un signo del subdesarrollo que se manifiesta en la dependencia de las remesas.